

Ficha bibliográfica: RAPPAPORT Roy A., “Naturaleza, cultura y antropología ecológica”, in Harry Shapiro, *Hombre, cultura y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México: 1985, p. 261-292.

Disciplina de conocimiento: antropología.

Enfoque teórico: antropología ecológica.

Objetivo del texto: analizar la ecología de los hombres y la posible importancia de una perspectiva ecológica general en la comprensión y explicación de la cultura humana, y las diferencias y semejanzas entre las culturas de pueblos del presente y el pasado.

Principales hipótesis: ¿qué importancia puede tener para su explicación la teoría ecológica general, ligada como está a consideraciones biológicas? ¿Cómo puede la ecología, que trata con lo que es común a todas las especies, resultar útil para el entendimiento de la cultura, que presumiblemente ocurre casi exclusivamente entre los hombres? ¿La conducta emprendida con respecto a convenciones sociales, económicas, políticas o religiosas contribuye a la supervivencia y bienestar de los actores, o por el contrario los amenaza, y si esta conducta mantiene o degrada los sistemas ecológicos en los que ocurre?

Conceptos: ecología, ecosistema, población ecológica.

Aspectos metodológicos: argumentación teoría ilustrada con el caso de los tsembaga, uno de una veintena de grupos locales que hablan maring y que viven en las montañas Bismarck en el territorio de Nueva Guinea.

Resumen:

El autor inicia su artículo con la definición de la ecología. De acuerdo con él, la ecología trata de las transacciones entre todos los sistemas vivientes –organismos, poblaciones y ecosistemas– e intenta explicarlas en términos de unos cuantos principios generales, especialmente aquellos relativos a la conservación y disipación de la energía, con el mantenimiento del equilibrio y con la adaptación. En un segundo momento, trata de ver en qué medida la ecología se puede aplicar al hombre ya que ellos difieren de los otros animales en aspectos importantes. Para ello, se requiere primero definir, redefinir, el concepto de cultura. El autor busca demostrar que si bien la naturaleza y la cultura son dos cosas diferentes, interactúan continuamente. La estrategia que nos sugiere la perspectiva ecológica, es pues, contemplar al hombre como una especie cuyas poblaciones viven entre otras especies, un mejor entendimiento de lo que distingue, pero sin diferenciar a un grupo de hombres de otro.

A partir de ello, el autor busca las diferencias entre la especie humana y las otras. Efectivamente, la cultura ha proporcionado al hombre una flexibilidad ecológica mucho mayor que la que disfruta cualquier otra especie. Mientras que los miembros de la mayoría de las otras especies están restringidos, por su constitución biológica, a la captura e ingestión de un número limitado de clases de alimento, el hombre, gracias parcialmente a sus medios culturales como armas, técnicas culinarias y cooperación dependiente de la comunicación simbólica, utiliza como alimento una amplia variedad de plantas y animales y además de su

propio metabolismo posee otros procedimientos para convertir la materia en energía. Además, en un grado mucho mayor que los otros animales, el hombre es capaz de modificar su medio ambiente del modo que le parezca más ventajoso. Y el hombre, a diferencia de otras especies, por medio del comercio y otros medios culturales para redistribuir los recursos puede habitar regiones que en sí no le proporcionan todo lo necesario para satisfacer sus necesidades biológicas.

Ahora se puede apreciar otra complicación. La modificación de las culturas en respuesta a los cambios ambientales no es un proceso simple en el que los rasgos de cultura se especifiquen mediante el carácter de medio ambiente. La adaptación al medio a través de la cultura no es una determinación ambiental de la cultura y no podemos predecir solo a partir de las particularidades geográficas de una región cuál será el carácter de la cultura que allí prevalezca. Por ello el autor afirma que las culturas se imponen a la naturaleza del mismo modo como la naturaleza se impone sobre las culturas.

Por otra parte, La discrepancia entre las imágenes culturales de la naturaleza y la organización real de la misma es un problema crítico para la humanidad y uno de los problemas centrales de la antropología ecológica. Frente a este debate, el autor plantea que la cuestión pertinente relativa a un modelo organizado no es el grado en que se identifica con lo que el analista supone es la realidad, sino el grado en el que produce una conducta adecuada para el bienestar biológico de los actores y los ecosistemas en los cuales ellos participan.

Luego, el autor vuelve sobre la construcción dicotómica naturaleza/cultura. Afirma que, supraorgánica o no (según las visiones religiosas, científicas, etc.), se debe tener presente que la cultura pertenece en sí a la naturaleza y aunque su operación pueda estar sujeta a sus propias leyes, la cultura no es autónoma. De acuerdo con el autor, en respuesta a cambios ambientales, las culturas deben transformarse (de modo análogo a la transformación genética en respuesta a condiciones ambientales cambiantes) o perecerán, o las abandonarán los organismos que las porten.

A continuación, el autor introduce la noción de 'ecosistema' y busca definirla en sus fronteras. Uno de los indicios para delimitar el ecosistema es contemplar los linderos de las áreas que explotan los campesinos y recolectores. Reconoce sin embargo que puede haber complicaciones. Dos o más poblaciones ecológicamente diferentes pueden coexistir en lo que podemos considerar como un ecosistema. Debe también recordarse que pocas poblaciones humanas viven en completo aislamiento de otros grupos que habitan fuera de su territorio. Para precisar el concepto de ecosistema y de población ecológica, el autor expone el caso de los tsembaga, uno de una veintena de grupos locales que hablan maring y que viven en las montañas Bismarck en el territorio de Nueva Guinea. Presta particular atención a su modelo percibido y al lugar que ocupan en sus relaciones ambientales.

A la luz de las anteriores observaciones puede sugerirse que es más adaptativo santificar a la naturaleza que a la cultura. Puede también sugerirse que no está todavía claro si a la larga son adaptativos la civilización, el Estado, la ciencia y la tecnología mecanizada. Y ya que estos son desarrollos recientes en la evolución de la cultura, podemos preguntarnos hacia qué fines nos puede estar llevando la evolución ya que esta también puede producir desadaptaciones y estas conducen eventualmente a la muerte.

Finalmente, el autor concluye diciendo que el incremento de la industrialización ha sido contemplado generalmente por los miembros de la sociedad occidental como el *sine qua non*

del progreso. Pero la perspectiva ecológica que el autor ha propuesto aquí, que asigna un significado biológico a términos como adaptación, funcionamiento adecuado, equilibrio interno y supervivencia, por lo menos sugiere que algunos aspectos de lo que llamamos progreso o avance evolutivo son, de hecho, patológicos o desadaptativos. Tal vez sea posible, según el autor, construir sobre las bases de la ecología general una teoría de patología cultural y de la evolución de la mala adaptación en términos de la cual se pueda examinar nuestras instituciones e ideologías, así como las de otras sociedades. Esa teoría tal vez podría llegar a ser parte de nuestra propia adaptación, de nuestros propios medios para perpetuarnos y preservar aquellos sistemas vivientes a los cuales permanecemos indisolublemente ligados y de los cuales continuamos siendo definitivamente dependientes.

Palabras claves: ecología, cultura, medio ambiente natural, conocimientos autóctonos.

Elaborado por: Anaïs ROESCH, estudiante en Maestría de Organizaciones internacionales, Instituto de Estudios Políticos de Grenoble – FRANCIA, pasante en el grupo “Cultura y Nación” del CES, Coordinadora del proyecto de Cátedra UNESCO de Interculturalidad: para lo universal reconciliado.